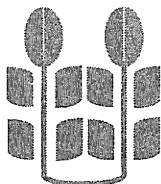


1998. Año del Espíritu Santo

Luz que ilumina la vida cristiana

Jon Sobrino, s.j.



En el himno al Espíritu Santo le pedimos: *accende lumen sensibus*, es decir, que ilumine nuestros sentidos, nuestra mente, nuestra inteligencia. Necesitamos luz para muchas cosas. ¿Cómo vernos a nosotros mismos, tal cual somos, sin escamotear nuestra verdad? ¿Cómo no caer en lo que denuncia Isaías: "¡Ay de los que llaman día a la noche!"? En positivo, ¿cómo ver a Jesús en los pobres y pequeños? ¿Cómo ver a Dios en la miseria de este mundo? Y así pudiéramos seguir. Nos hace falta luz para ser cristianos y para ser humanos. Aquí vamos a reflexionar sobre dos cosas. Una es que el Espíritu de Dios nos dé luz para captar la verdad siempre nueva y siempre mayor y no anclarnos en la historia como si Dios nada nuevo y dijera e hiciera a través de ella. Otra es que el Espíritu de Dios nos dé luz para desenmascarar la mentira del mundo.

Luz para ver el "más" de la verdad

En el evangelio de Juan hay un texto desconcertante en que se menciona al Espíritu: "Les conviene que yo me vaya" (16,7), dice Jesús. Y la razón que da es que sólo cuando él está ausente, podrá venir el Espíritu, y "cuando él venga, les guiará hasta la verdad completa" (16,13). La paradoja es notable: la verdad *de Dios* se ha hecho presente en este mundo en Jesús, y sin embargo tiene que ser *completada*, y es bueno que lo sea.

La revelación de Dios no es la comunicación de un número de verdades para ser guardada, como en una gaveta, sino que puede ser considerada como *pedagogía* para que los seres humanos vayamos reconociendo la verdad a lo largo de la historia. El teólogo jesuita uruguayo Juan Luis Segundo solía citar al Concilio Vaticano II cuando afirma que la revelación, aun con cosas imperfectas y transitorias, muestra "la verdadera pedagogía divina" (*Dei Verbum* n. 15). La revelación, en cuanto pedagogía, es el proceso que el mismo Dios pone en marcha a través del cual nos *enseña a aprender*. Y vista desde nosotros, es una invitación a que *aprendamos a aprender*. Juan Luis Segundo lo ilustra con el magnífico texto de san Agustín en su comentario al evangelio de Juan: "El mismo Señor, en cuanto se dignó ser camino nuestro, no quiso retenernos, sino pasar". Pues bien, según eso el Espíritu nos ata y nos desata. Nos ata a la estructura fundamental de la vida de Jesús para conocer a Dios. Nos desata para descubrir a Dios en cada nueva situación histórica.

Esta dialéctica entre pasado y presente de la revelación de Dios es lo que sacó a luz el Vaticano II al analizar los "signos de los tiempos". Es sabido que en el n. 4 de la *Gaudium et spes* se habla de "signos de los tiempos" como de acontecimientos y tendencias que caracterizan a una época -signos de los tiempos en sentido *histórico-pastoral*. Pero no en ése el significado más profundo de la expresión. En efecto, en el n. 11 de la misma *Gaudium et spes* se habla de "los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios" -signos de los tiempos en sentido que llamamos *histórico-teologal*. Si se toma esto en serio significa que Dios se sigue manifestando hoy novedosamente, como él quiere y donde él quiere.

Un seguimiento "lúcido" de Jesús, en el que el Espíritu ilumina, implica, entonces, *memoria e imaginación*. La *memoria* de la carne de Jesús sigue siendo imprescindible, pues en ella se hace presente Dios, y como lo muestra la historia, usamos toda suerte de artilugios para olvidar, domesticar y manipular a Jesús de Nazaret, sobre todo el hecho de que muriese ajusticiado en una cruz. En la actualidad, postmoderna, globalizante, neoliberal, pareciera que mencionar conflictos y cruces, recordar y hacer centrales los conflictos y la cruz de Jesús, casi se ha convertido en cosa de mal gusto. Y ello a pesar de que ambas cosas, conflicto y cruz por defender a los débiles y denunciar a los poderosos,

son los datos históricos mejor asentados en el evangelio. La memoria peligrosa es en verdad *peligrosa*, y la manera más radical de neutralizar su peligrosidad es que deje de ser *memoria*. Funciona aquí un sutil mecanismo, análogo al del "perdón y olvido" tras aberraciones cometidas. Por eso hay que recordar a las víctimas, pero también a los verdugos.

Por otra parte, la *imaginación* es imprescindible, aunque difícil. Barruntar "qué diría y haría hoy Jesús de Nazaret" ofrece la dificultad de cualquier extrapolación, pero además ofrece la práctica imposibilidad de integrar en la reflexión actual un quiebre histórico y teológico de gran magnitud: no llegó el Reino de Dios que Jesús predicaba cercano, ni llegó la parusía que los primeros cristianos creían también cercana. No hay que trivializar esas diferencias, sino que hay que "aprender a aprender". Hacer eso posible es la tarea del Espíritu.

En resumen, el Espíritu es el responsable de abrirnos siempre al "más" de la verdad -y así actúa. Cosas impensables hace algunas décadas hoy son ya aceptadas como verdad. Otras se vislumbran. Otras, al menos, se disucen. Y no son cosas de poca monta. Junto a la verdad de los ministerios eclesiales y sus requisitos, hoy en plena discusión, se discute la verdad de las religiones y se vislumbra la verdad de un Dios mayor que todas ellas. El Espíritu de Dios está, pues, actuante. Sólo queremos recordar que la captación de la verdad, mayor y novedosa, aparece, paradójicamente, desde el cauce concreto del seguimiento de Jesús.

La luz para desenmascarar la mentira

Además de llevarnos del no-saber al saber, el Espíritu nos lleva de la mentira a la verdad. No sólo, pues, supera nuestra ignorancia, sino que desenmascara nuestra mentira, cosas ambas sumamente difíciles.

El escándalo campea por doquier en nuestro mundo, y cuando hay escándalo irremediabilmente hay encubrimiento, pues escándalo y encubrimiento es la forma más aguda que toma hoy la mentira: pretender simplemente que el mal y sus responsables no existan (o no se lleguen a conocer). Es cierto que siempre ha habido encubrimiento, pero en nuestro siglo ha tomado carta de ciudadanía, quizás porque ahora hay más medios para conocer la verdad de las cosas. Hace años el escándalo Watergate popularizó la palabra *cover up* (encubrimiento),

pero aquel caso, entonces sonado, no es nada en comparación con el gigantesco *cover up* sobre el mundo en que vivimos. El encubrimiento no es total. Pero, además de los silencios y mentiras por razones de seguridad o de estado, civiles y eclesiásticas, los medios generan un encubrimiento ambiental-cultural. Así el V Centenario (con sus olimpiadas, ferias y demás), Francia 98 (con sus Ronaldos), los discos de platino (con sus Jackson) y, digámoslo con todo respeto, los funerales sonados de 1997, dejan pronto en la penumbra, es decir, encubren lo que ocurre en los Grandes Lagos y la pobreza y miseria cotidiana de la mitad de la humanidad. Y a esto último coopera el lenguaje y las promesas de la economía: "vamos por buen camino", "hay crecimiento maroeconómico"...

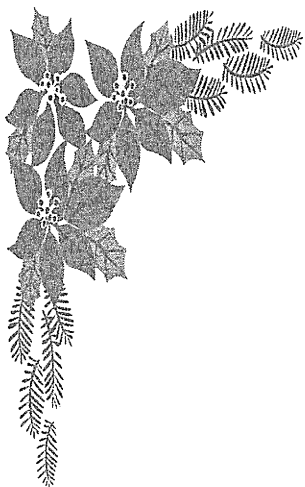
Todo esto es de sobra conocido, pero persiste sin pestañear. Los profetas que lo desenmascaran son cooptados, enterrando sus palabras en el océano de un silencio mayor, o, cuando de verdad estorban, son liquidados. Estamos pues en un mundo que "llama día a la noche y noche al día", contra lo que bramaba Isaías; que "opreme la verdad con la injusticia", como denunciaba Pablo; un mundo en el que el Maligno es "mentiroso" y asesino, como dice Juan. Dicho de otro modo, estamos en el mundo al que se le pueden aplicar las conocidas y amenazantes palabras de Antonio Montesinos: "¿Cómo están en sueño tan letárgico dormidos?".

Despertar del sueño, dejar de oprimir la verdad, desenmascarar la mentira, es tarea necesaria y urgente en nuestro mundo, pues detrás de la mentira está la muerte. Hoy existe capacidad para conocer la verdad, pero no hay voluntad de conocerla y darla a conocer. Superar esta situación de mentira estructural e institucionalizada es gran milagro del Espíritu.

Los evangelios sinópticos hablan del pecado contra el Espíritu Santo, sobre lo cual hay diversas interpretaciones exegéticas. En el contexto de estas líneas, quizás podamos decir que pecamos contra el Espíritu cuando pecamos contra la luz, cuando vivimos con la voluntad de mentir y encubrir. Eso ocurre cuando no queremos ver el mal de nuestro mundo, y quizás, más hondamente, cuando no queremos ver el bien, darlo a conocer y alegrarnos de él. Quizás más todavía que el mal -que en nuestra cultura muchas veces es noticia en los medios- la bondad es la gran desconocida. El arsenal de bondad, en forma trágica

muchas veces, que existe en los pueblos crucificados, no es dado a conocer ni parece interesar, siendo así que esa bondad es la que puede traernos salvación. Eso es pecado contra el Espíritu, y no sé si el mayor. Un seguimiento de Jesús "lúcido" es, pues, el que está transido de luz para ver cada vez más verdad y para sacar a luz la mentira del mundo. Cuando esto ocurre no podemos dudar de que ahí está el Espíritu Santo.

[Tomado de «Carta a las Iglesias», EL SALVADOR, 398 (16-31 de marzo 1998), 14-15]



Palabra de Dios:

«La palabra que salva no es la palabra del hombre, sino la palabra de Dios; y por eso tiene que tener cuidado de mantenerse en sintonía perfecta con lo que Dios quiere, con lo que Dios pide.....»

(Homilía de Mons. Romero, 7 de abril 1977)

Palabra del Pueblo:

«Queremos ser la voz de los que no tienen voz, para gritar contra tanto atropello contra los derechos humanos, que se haga justicia»

(Homilía de Mons. Romero, 28 de agosto 1977).